

La concepción dialéctica de la naturaleza humana en Vico y Humboldt

Jesús Manuel Gamboa Valles
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

EXISTE UNA CONCEPCIÓN DE LA *NATURALEZA HUMANA* en el pensamiento de Giambattista Vico (1668-1744) y Wilhelm von Humboldt (1767-1835), quienes realizaron considerables aportaciones teóricas en los modernos campos de la filosofía de la historia, la antropología, la lingüística y la educación. A pesar de las diferencias en sus formulaciones, los dos coinciden en una visión “dialéctica” de la *naturaleza humana*, toda vez que esta no quedaría restringida al estatismo de una esencia, sino a una forma o principio universal que, sin embargo, se reajusta en función del transcurrir histórico. Dos aspectos fundamentales están presentes en ambos pensadores: el progreso humano de las naciones y la importancia del lenguaje.

El problema de una *naturaleza humana* que determine tanto las ideas y actos individuales como las expresiones culturales del ser humano constituye un asunto que, en occidente, se remonta hasta la antigüedad griega, especialmente en el ámbito de la filosofía. A pesar de la variedad de perspectivas que se han formulado sobre este asunto, resulta posible agruparlas en dos categorías: por un lado, las que señalan que, efectivamente, hay un conjunto de características intrínsecas en el ser humano, constantes e inmodificables a lo largo del tiempo, con independencia de las vicisitudes geográficas, étnicas o sociales; por otro, las que niegan cualquier rasgo esencialista que condicione *a priori* o defina de antemano lo que se concibe como humano.

Dentro de la visión positiva, no pueden pasarse por alto las observaciones de Platón y Aristóteles, dos de los más grandes pensadores de la Grecia clásica. Así, en el caso de Platón, es de sobra conocido su sistema metafísico en el que establece una diferenciación entre el mundo de los sentidos, material, contingente, al que pertenece el cuerpo físico, y el de las ideas, inmaterial, inalterable, propio del



alma. Esta caracterización supone que el alma, al ser imperecedera y albergar las facultades más elevadas del género humano, es una suerte de *esencia* impermeable a la corrupción del cuerpo, “pálida sombra” de la verdadera realidad. Por su parte, el Estagirita, sin caer en el misticismo implícito de su maestro, más orientado a una visión orgánica y taxonómica de los entes, define la *esencia* del ser humano en términos de su capacidad para *razonar*, distinguiéndose clara y radicalmente del resto de los animales, los cuales únicamente se conducirían por el instinto.

Ahora bien, mientras que Platón y Aristóteles ofrecen un panorama, digamos, ontológico de la *naturaleza humana* (el lugar que ocupa en la escala universal de las creaturas), en siglos venideros también se pondría el acento en otros aspectos. Por ejemplo, desde una mirada ética, filósofos como Hobbes, Maquiavelo, Rousseau, Sade o Nietzsche destacarían si el ser humano posee cualidades *bondadas* o *malvadas* innatas, y la forma en que estas afloran, o no, en virtud del contexto histórico y educativo. Pero frente a estos posicionamientos metafísicos, se perfila la mirada *naturalista* o *biologicista*, la cual defiende la idea de que, en efecto, es incuestionable la existencia de una serie de rasgos universales y constitutivos de la especie humana, pero que estos no deben buscarse en algún principio inmaterial o espiritual, sino en su propia constitución genética. De este parecer es el filósofo, antropólogo y

matemático español Jesús Mosterín (1941-2017), quien en obras como *Filosofía de la cultura* (1993) o *Naturaleza humana* (2006) defiende la idea de que el acervo génico es la clave para entender las motivaciones, deseos, necesidades y manifestaciones culturales del ser humano, ya que si bien no se trata de reducir su complejidad a un biologicismo grosero, tampoco se puede ignorar el hecho de que este acervo funciona como una “brújula” orientadora y una base insoslayable de nuestro lugar en el mundo.

En contraposición a esta visión afirmativa de la *naturaleza humana*, tenemos a autores como Pico della Mirandola (1463-1494), quien en su texto póstumo *Discurso sobre la dignidad del hombre* (1494), arguyó que al hombre se le había encomendado *construir* su naturaleza, puesto que había sido creado por Dios como un ente absolutamente libre. En siglos posteriores, la corriente existencialista seguirá una lógica similar, pero sin el resabio espiritual del célebre humanista italiano. Jean-Paul Sartre (1905-1980), en su famoso “El existencialismo es un humanismo” (1946), declara que el hombre se encuentra condenado a ser libre, a ser constantemente responsable de sí mismo, por lo que, consecuentemente, no hay una *esencia* que lo fije de antemano, sino que esta última es una derivación de la *existencia*. Finalmente, se puede mencionar a Michel Foucault (1926-1984), quien manifestó en reiteradas ocasiones en sus obras y en su conocido debate con Noam Chomsky



(1928-) en la Universidad de Ámsterdam en 1971, que la *naturaleza humana* es una ilusión, resultado de cierta hegemonía de los discursos políticos y filosóficos de un momento determinado.

Aunque separados por la geografía y las condiciones sociohistóricas, Giambattista Vico y Wilhelm von Humboldt no solo tuvieron en común la erudición y una sed universal de conocimiento, sino que también mostraron preocupaciones intelectuales similares. Entre estas se encuentran la conformación de las civilizaciones, el origen de las lenguas, el carácter de las naciones, el desarrollo espiritual de la humanidad, el problema del conocimiento objetivo, las características de la empresa científica o el papel de la poesía.

Sin embargo, en medio de la vorágine de temas, motivos y elucubraciones que son expuestos en sus dos obras más representativas, *Ciencia nueva* (1744) de Vico y *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad* (1836) de Humboldt, se puede identificar una determinada forma de concebir al género humano, forma que ciertamente podemos denominar como *naturaleza humana* y que, a pesar de que no siempre aparece formulada explícitamente, sí conduce el hilo de la argumentación.

En lo concerniente al “progreso humano de las civilizaciones”, Vico y Humboldt enfatizan que todas las sociedades pasan por una serie de estadios o facetas hasta alcanzar un punto máximo de crecimiento intelectual

y civilizatorio. No obstante, presentan diferencias en sus planteamientos. Mientras que en el caso del pensador italiano, la historia avanza en forma cíclica (lo que denominó la transición de los *corsi* y *ricorsi*), no lineal, con periodos de esplendor y decadencia, ya que “la naturaleza de los pueblos primero es ruda, después severa, luego benigna, más tarde delicada, finalmente disoluta”, el filósofo alemán considera que la evolución de los pueblos está determinada por la “fuerza espiritual humana”, la cual “se va desarrollando poco a poco en grado cambiante y formas siempre nuevas”.

Ahora bien, en tanto que Vico parte de la “Divina Providencia” a modo de principio epistemológico universal a partir del que se desarrollará toda empresa humana, pues el hombre solo es capaz de “conocer lo que ha creado”, Humboldt apela al Espíritu en dos sentidos básicos: como fuerza general que pone en marcha las costumbres, culturas e instituciones de las sociedades, y como impulso particular o “carácter” de los pueblos o las naciones. Por último, ambos señalan que las tradiciones, es decir, la cultura de un pueblo, expresa la *verdad* de quienes integran una comunidad concreta, en el sentido de que revela algo de nuestra *naturaleza*: Vico lo vinculará con el *libre albedrío*, Humboldt, con la noción de *forma del espíritu*. Los dos, sin embargo, parten del supuesto siguiente: hay una unidad originaria, un principio unitario en la *naturaleza humana* que, aunque incognoscible, se puede percibir en la



diversidad de las creaciones humanas representadas por las naciones, culturas y lenguas. En otras palabras, la *naturaleza humana* consistiría, en cierto modo, en esta articulación de lo diverso y lo unitario, en esa constante dialéctica de seguir el impulso espiritual individual y colectivo, pero necesariamente expresado en la diversidad material de nuestras civilizaciones.

Por último, quisiera detenerme en algunas de las reflexiones que Vico y Humboldt realizaron en torno al lenguaje, toda vez que estas elucubraciones también traen aparejada la idea de *naturaleza humana*. Y es que, en efecto, a los dos les interesó el destacado papel que las lenguas tienen para la comprensión de lo humano, y no solamente como un mero instrumento retórico. Por ejemplo, para Vico, las lenguas, en especial la poética, revisten el carácter más importante de los pueblos: su lento quehacer a través de la comunicabilidad y, sobre todo, el *autoconocimiento* de nosotros mismos. El lenguaje es, antes que abstracción, corporeidad: se vincula con la constitución orgánica del ser humano, y también con la facultad de sentir e imaginar, bloques básicos de las ciencias físicas o naturales. En otras palabras, las lenguas, para Vico, contribuyen al acercamiento más próximo, más verdadero, de nuestra *naturaleza humana*. Por su parte, Humboldt concibe al lenguaje en dos dimensiones: ya sea como *ergon*, cuando este ha quedado relegado a su función gramatical o de consulta, donde los significados han

sido “congelados”, ya como *energeia*, para referirse al movimiento incesante, que corre en paralelo con el Espíritu de los pueblos, siempre vivo y reanimado por el deseo de comprender innato en el ser humano. Así pues, tanto Vico como Humboldt, aunque enfatizan aspectos diferentes del lenguaje, ponen el acento en su carácter dinámico, creador y, sobre todo, transparente de esa *naturaleza humana* que consiste en el vaivén de conciliar la unidad originaria con la diversidad de la cultura.

El concepto de *naturaleza humana* ha planteado dificultades desde hace siglos en el ámbito de la filosofía, de manera que ha sido objeto de atención por multitud de pensadores, ya que tiene ineludibles implicaciones en otras áreas del saber. En el caso de Vico y Humboldt, este asunto no pasó desapercibido, sino que formó parte de sus preocupaciones intelectuales al funcionar como hilo conductor en los argumentos de otros temas capitales, entre ellos la conformación de las civilizaciones, el lenguaje, el progreso humano o la importancia de la política.

Sin embargo, a diferencia de otras perspectivas más reduccionistas, el concepto de la *naturaleza humana* presente en estos dos autores se torna flexible, al estar vinculado con una suerte de “dialéctica” entre la unidad y la diversidad, entre el carácter originario de la Providencia o el Espíritu y la expresión de la multiplicidad de las tradiciones y costumbres de las culturas, formulación que, sin duda, tiene eco en nuestra realidad actual.

